

Canon a tres voces

Juan Tomé Escribano

casa@amonaria.com

Canon a tres voces

*De bajounbo tontontón
queen contropa chinchinchín
ha biaunra tontontón
iay! quechiqui tintintín.*

*iay! quechiqui tintintín
e raquelra tontontón
queen contropa chinchinchín
de bajounbo tontontón.*

(Popular infantil)

Cuando de pequeño, en voz baja, con mucho misterio, me decía mi padre "no hagas eso, que tu madre te hace una entrevista clínica", yo, sin entender la frase, veía claro que aquello no me convenía nada y él conseguía lo que quería, que no lo hiciera. Crecí, y con el guiño de compinche "esto entre tú y yo, que si se entera tu madre nos hace una entrevista clínica", me caracterizaba de adulto, me metía en el papel y me llevaba por donde quería. De mayor, me rogó algunas veces "plantéaselo de otra manera, que si no hace una ronda de entrevistas clínicas" y me hacía maniobrar para ganar batallas sin hacer heridas.

La entrevista clínica fue siempre, para mí, una difusa amenaza que nos sobrevolaba. No daba miedo pero, a juzgar por las caras que ponía mi padre al mentarla, debía ser tan tediosa que, no cabía la duda, había que evitarla, huir de ella. Por eso me sorprendió tanto encontrar, a la muerte de mi madre, la grabación de una entrevista clínica que le hizo a mi padre, la que me puso a pensar y a escribir esto.

Ahora, a punto de colgaros este interarchivo en la tertulia virtual, he recordado algo que, precisamente por insignificante, se me antoja pudo ser el germen que terminó floreciendo en aquella entrevista. Sucedió que una vez, como en otras, la actitud de mi madre en medio de una discusión empezó a tomar caracteres inquisitoriales. Y entonces le preguntó mi padre con sorna: "¿Me vas a hacer una entrevista clínica?". Quedó ella desarmada y calló. Abandonó la discusión pero al poco rato dijo en alto para ella sola y para que la oyéramos: "¡Qué buena idea! No se me había ocurrido." La entrevista clínica, lanzada por mi padre como arma arrojadiza, empezaba a dar la vuelta, volvía hacia él silbando y, por lo visto, al cabo del tiempo, aquel boomerang alcanzó su blanco.

• • •

Mi madre era psicóloga infantil especialista en los mecanismos de adquisición y desarrollo del lenguaje hablado. Investigaba las formas de lenguaje que usan los adultos para dirigirse a las mascotas, a los bebés y a los niños antes de que hablen, y trasladaba sus hallazgos al tratamiento de los que tardaban en hablar o tenían problemas al hacerlo.

Algunos antropólogos bebieron en las investigaciones de mi madre para sostener que antes de que el voltear evolutivo de los genes sacara del bombo la especie Sapiens y su capacidad de usar palabras y gramáticas, antes de que llegara a ser adulto, el género humano usó un lenguaje más primitivo, más próximo al que se usa con niños muy pequeños o mascotas. Un lenguaje de frases enterizas, de frases cuyo significado proviene del conjunto, no de sus partes. Un lenguaje de frases hechas, pero hechas sin palabras. Un lenguaje en el que el canturreo, el ritmo y los movimientos que acompañaran el decir fueran lo importante para entender.

Lenguaje de onomatopeyas, de sonidos simbólicos, imitativo, con entonación, musical. Lenguaje con ritmo, de gestos y caras, acompañado de contactos, de movimientos corporales, bailado. El lenguaje de las nanas para calmar a niños, para jugar con ellos, para saltar a la comba, a pídola, a la picalancha o al pasemisí, lenguaje de las canciones de campamento y de autobús escolar que sirven para pasar horas o kilómetros, de las canciones en inglés que devinieron himnos sin entenderse, de los gritos que adelantan la victoria en los estadios de fútbol, de las letanías de comunión con dioses y espíritus, de los cánticos de culpa o de júbilo en las iglesias, de canciones de guerra para olvidar balas, bombas, bayonetas y razón, de lamentos funerales para resistir la muerte.

Hay en el lenguaje algo más primitivo, más ancestral que las palabras, algo que les borra el significado y las suplanta en la memoria, a la que se aferra con mucha más fuerza que ellas, hundiéndole raíces en muchas direcciones y muy adentro. Por eso hay locuciones sin sentido que perduran en los cerebros amarradas como lapas, resistiendo los embates del olvido durante toda la vida.

A mí, de vez en cuando, llamada por alguna clave, sin quererlo yo, se me viene a la conciencia "*gritabanlósme*". Me recuerdo yo, muy muy pequeño, repitiendo muy alto "*gritabanlósme, gritabanlósme, gritabanlósme, gritabanlósme*" mientras iba y venía por el pasillo de la casa, saltando en pelotas al ritmo de esa cantinela, pisando en **ta** y en **los** cada vez que lo decía y dando dos pasos brincados en las pausas de la voz.

Un día, alguna de las veces que fui a casa de mis padres con mi primera novia a estudiar por la tarde, mi madre, sosteniendo la conversación durante la merienda, muy en el papel de madre, viéndome mayor, pequeño y objeto de estudio todo a la vez, contó la historia de mi "*gritabanlósme*".

Mi padre cantaba bien aunque cantaba poco y se sabía pocas letras. De vez en cuando, sin que se supiera por qué, se arrancaba con el estribillo de una canción de un cantautor español de su época, un tal Carlos Cano. Era una murga que refería, con el pitorreo propio de las chirigotas, los enfrentamientos dialécticos habidos en Granada con motivo de la celebración oficial del quinto centenario de la toma de la ciudad por los Reyes Católicos y de la convocatoria de una marcha festiva alternativa de desagravio a los árabes expulsados por los cristianos. Un rifirrafe local propio de la España que salía de su dictadura del siglo pasado y que iba trasladando las disputas ideológicas desde la política a la cultura. El estribillo de la canción, que debía tener para mi padre un significado especial, decía:

*"Vivanlosréyes católicos gritabanlósme lancólicos
yotancampánte conmiéle fante
conmíchilaba ymítur bante
vivanlosréyes católicos gritabanlósme lancólicos"*

Así puso mi madre, cantando, de sopetón, delante de mí y de la merienda, la razón de mi "*gritabanlósme*". Estaba claro que mi pequeño yo no entendió nada de aquello que cantaba mi padre, que tuve un fallo en el incansable proceso de cortar en palabras el continuo blablablá que un niño escucha de sus mayores y que me quedé con una partición equivocada de aquel estribillo, con una que no correspondía a ninguna palabra existente. "*Gritabanlósme*" fue palabra para mí solo, la parí con la melodía y el ritmo acertados y la usé como grito que inyectaba alegría para saltar por encima de obstáculos. Años después entendí que había pillado el justo sentido subterráneo de la canción y que mi voz que no decía nada, mi melodía, mis saltos a ritmo y mis sentimientos se guardaron juntos en mi memoria. Era un recuerdo con muchos anclajes. Entendí por qué me ha acompañado toda la vida, sin uso y con uso de razón. Si mis piernas conservaran algo de agilidad para entonces, podría "*gritabanlósme*" alcanzar otra vez su plenitud durante mi demencia senil.

Mi primera novia rió mucho con la historia. Yo, muy en el papel de hijo, huyendo de ser pequeño, puse cara de circunstancias. Mi madre se dio cuenta inmediatamente y, ofreciéndose en sacrificio, nos contó una historia suya parecida, el acertijo del "*teseternamente mojado*".

Mi madre fue a un colegio de Bogotá segregado para niñas, como otras de familias bien. Era de monjas pioneras en sostener que así se favorecía su desarrollo cognitivo, que así avanzaban al ritmo que les convenía, distinto al de los niños. Mi madre salió estudiosa y lista pero, le pasó como a mí, de pequeña no entendió todas las frases que oía repetir. Todas las alumnas del colegio de mi madre, juntas, en cuaresma, cantaban muchas veces una canción de penitencia, muy lenta, muy monocorde, que empezaba así:

*Perdoó natupueblo señor
Perdoó natupueblo perdoó nalé señor.*

Dijo mi madre que esto, mal que bien, lo había entendido desde el primer año que le tocó cantarlo. Había un señor que tenía un pueblo que había hecho alguna maldad y había que perdonarlo. En cambio, no entendió lo que seguía hasta mucho después. Y cantó con voccecita de capilla:

*noes teseternamente mojado
noes teseternamente mojado
perdoó nalé señor.*

"*Teseternamente mojado*" era para mi madre una condición lamentable, una manera vergonzosa de ser de la que no sabía los detalles pero que, se repetía dos veces, no era la de aquel pueblo. Luego, cuando preguntó y no entendieron bien lo que no entendía y le contestaron que eternamente significaba siempre, entendió que aquel pueblo era así pero no siempre, que aquella vergüenza había sido más bien una metedura de pata pasajera y que había razones suficientes para pedir perdón y para darlo. Así que el final de la historia estaba claro y ya no preguntó más.

Cuando conoció a mi padre, jovencita de veinte años, con ocasión de la primeras confidencias, un ejercicio que puede unir para siempre, salieron a relucir motivos de confesión, penitencias y cantos de curas y monjas, el *Perdoó natupueblo* entre otros. Y llegó el momento de la revelación, el momento en que oyó de boca de mi padre, con absoluta nitidez, "*nojado*" en vez de "*mojado*". Se quedó de piedra pero, lo exigía el guión, se atrevió a desnudarse, a contarle toda la historia y las vueltas que había dado intentando entender.

Contó mi madre que más tarde, cuando ya estaba sola, la frasecita, todavía vivita y coleando, se reía de ella diciéndole "mira que te lo había dicho, mira que te lo había dicho, que no era *teseternamente mojado*, y mira que te lo repetía siempre dos veces!". Y como dejándola por imposible añadía, moviendo la frasecita su cabeza, "perdónale señor".

Mi padre recordó la situación y, adelantando el dedo índice hacia mi madre y haciendo gestos de afirmación con la cabeza, se dispuso a entrar en la conversación. Mi padre hablaba poco, no le gustaba decir lo que ya estaba dicho, y realmente queda muy poco por decir. Escuchaba atento aunque pareciera desentendido, al acecho de frases en las que descubrir algún significado sugerente, escondido tras el que tuvieran atendiendo solo a las palabras que se habían dicho, no nacido de ellas sino del contexto de la conversación o de las historias de los presentes. Sus hallazgos preferidos eran las frases hechas que entraban por sus oídos con alguna alteración

inconsciente, con algún defecto aleatorio de reproducción. Esas malas copias necesitaban el original para ser algo, no bastaban las palabras que las componían, y eso es lo que atraía a mi padre. Le habían nacido delante de sus narices y su mente las fijaba para siempre. Eran bichos nuevos, regalos sorpresa que se le daban por añadidura, pepitas de oro que encontraba sin buscar, y las conservaba como joyas muy valiosas. Yo he heredado alguna ("no se puede ser más chapista que el Papa", "no te enteras de la camisa la media", "en casa del guerrero cuchillo de palo", "si lo sé me vengo", "vamos a matar un pájaro de un tiro", "no seas pájaro paraguero", "predicar en el desierto, Simón perdido", "es la pesadilla que se muerde la cola") y, como él, las luzco en las grandes ocasiones.

Así que, en la tarde de aquella merienda, dijo mi padre que en el mismo momento de la confidencia de mi madre, *"teseternamente mojado"* se grabó indeleblemente en su memoria. Y confesó, quizás se lo debía a mi madre desde entonces, que a duras penas resistió la risa al oírlo para que no creyera que se reía de ella, disfrutando por dentro del vuelco espectacular que sufría la frase por un cambio tan insignificante, tan inocente. Contó mi padre que al explicar lo que entendía, además de mojado, dijo ella húmedo y empapado, lo que en un canto de penitencia introducía clichés de la literatura erótica que mi madre no había atisbado, haciendo pensar en pecados de los buenos, en razones más que suficientes para que aquel pueblo necesitara, y pidiera, perdón.

Mi padre fue profesor de mi madre en la universidad. Le llevaba veinticuatro años, los mismos que mi madre me lleva a mí. Podría haber sido su hija. Y en aquel momento lo pareció. Puso ella la misma cara de circunstancia que yo había puesto un rato antes, sonriendo forzosamente. Mi padre se vio obligado a no callar, debió sentir que era su turno de sacrificio, y siguiendo el hilo de mi *"gritabanlósme"* y del *"teseternamente mojado"* de mi madre, contó una historia que le igualaba a nosotros porque el niño protagonista que hablaba sin entender palabras era él.

Mi padre iba de pequeño a un colegio de monjas en Toledo, a parvulitos. Una vez visitó el colegio la Superiora General de la Congregación, que era francesa. La Madre Cecilia, su profesora, llegó un día a la pizarra, escribió una frase en francés, mi padre se enteró de que era francés mucho tiempo después porque la madre Cecilia no se lo dijo, la entonó varias veces y dijo: "A ver, repetirla vosotros". Y fue escuchando uno a uno. A mi padre le había sonado bien, tenía buen oído, y la repitió sin problemas. Así que le eligió para que se la dijera a la Superiora General.

El día de la visita, la Superiora General se instaló en el patio, en una tarima alta cubierta con una alfombra roja. Los niños iban pasando, pasaron todos los del colegio, y ella les daba caramelos. Todo estaba muy bien preparado.

Tenían que subir dos escalones, dar dos pasos, hacer una ligera genuflexión antes de recibir los caramelos poniendo las dos manos juntas.

Mi padre llevaba pantalones cortos de pana, hasta las rodillas, camisa de cuello y puños duros, un jersey de pico y unos zapatos de cordones y suela gorda de crepé, dijo que de marca Gorila, con calcetines blancos estirados por toda la espinilla.

Subió los escalones, dio los dos pasos, hizo la genuflexión, se plantó allí y no extendió las manos. La Superiora General, que había iniciado el gesto de alargar los caramelos, se quedó parada mirándole. La Superiora del Colegio, sentada a la derecha de la Superiora General, avisada por la madre Cecilia, le miró también, levantó las cejas y alargó la nariz, un gesto que significa ¡venga, dilo! y él lo soltó:

Lepetí garsonde Toleé doson trecontán de buconé.

Extendió él las manos, le dio ella los caramelos, le acarició el pelo desde la coronilla al flequillo, sonrieron la Superiora General, la del Colegio y la madre Cecilia, y bajó.

Mi padre no supo qué había dicho hasta que estudió francés en el bachillerato superior. Pero siempre, decía que precisamente por no saber qué narices quería decir aquello, recordó perfectamente la frase, su entonación, su ritmo, a la vez que recordaba el color rojo de la alfombra, los zapatos bajos negros de tacón grueso y el color carne de las medias espesas de la monja francesa, el brillo marrón de sus zapatos Gorila y el blanco de sus calcetines. Debió estar todo el tiempo mirando al suelo.

• • •

Algunos días después de la muerte de mi madre, solo en su casa, decidiendo qué recuerdos guardaría y cuáles no, encontré un cofre con pequeños objetos que no había visto nunca. De uno en uno no me decían nada. Pero, todos juntos, proclamaban que aquel cofre era territorio exclusivo de mi madre, que allí se guardaron las claves de acceso a su intimidad, a pasajes de su historia que desaparecieron con ella.

En aquel revoltijo de pequeñeces había una tarjeta de memoria, ¡qué nombre tan bonito para aquel momento!, de las de hace 20 años, que no pude leer con ninguno de mis dispositivos. La llevé a un taller informático y me volcaron su contenido en un palito encriptador. En cuanto salí del taller inserté el palito en mi terminal de bolsillo para ver su contenido. Esperaba inconscientemente encontrar fotos pero me topé con la grabación de la entrevista clínica que mi madre le hizo a mi padre y una transcripción no literal de algunas de sus partes.

No había nada comprometedor ni vergonzante en la entrevista, nada que quisieran secreto, así que no he tenido que arrepentirme de fisgar en la intimidad de mi madre sin su permiso. Al contrario, la he escuchado muchas veces y, mientras lo hago, aparecen en la pantalla que tengo en la frente, por dentro de mi cabeza, la que veo en cuanto cierro los ojos, situaciones familiares que me hacen feliz.

Intentaron llamarse de usted, como si no se conocieran, como si fueran dos extraños. Pero no siempre consiguieron mantenerse dentro de los papeles de individuo entrevistado y psicóloga investigadora. En la grabación hay pasajes en los que no resistieron gastarse bromas, tirarse puyas, decirse cariños. La entrevista fue un juego, lo veo claro, al que informalmente, sin grabadora de por medio, debían haber jugado más veces. Para mi padre, grabar esa vez debió tener algo de rendición honrosa dedicada al contrincante amado. Para mi madre debió tener algo de victoria ante el enemigo preferido. Se guardó la grabación entre las pequeñas cosas que huelen a sentimientos, a imágenes, a sucesos, a deseos, a mentiras que son sólo de uno. Guardó su trofeo en su cofre del tesoro. También se guardó la versión escrita de alguna de las partes, que debió preparar con la intención de publicarla. Pero no lo hizo, nunca publicó nada sobre canciones en forma de canon, lo he comprobado.

No pienso compartir con nadie la grabación, porque sin haber oído sus voces en directo, sin poder ponerle rostros, gestos, vestuario y decorados, no creo que pueda ser entendida, bien entendida. En cambio, copiaré aquí las partes transcritas por mi madre. Es distinto, leer es mucho más distante que escuchar, mucho más impersonal. Y necesito que ellos aparezcan conmigo, yo soy sólo la tercera voz.

Transcripción corregida de párrafos seleccionados de la entrevista a Marcos Gilarte, varón, 76 años, Toledo, clase media urbana, estudios universitarios, casado, un hijo, monolingüe en español. (Amparo Vallinoto, 31 de Julio de 2022)

-Hábleme ahora de las canciones en forma de canon.

-¿Qué quiere que le diga?

-Me ha dicho usted antes que le parecían muy interesantes ¿Por qué?

- La letra de un canon disuelve las palabras, apaga sus significados. La melodía, el ritmo, los acentos cobran protagonismo. El encaje de bolillos de las entradas sucesivas de los cantantes te saca de ti, te amontona con

los otros. El canon te obliga a concentrarte en un canturreo que resulta una Babel armonizada, una aparente anarquía de la que eres pieza esencial pero de función difusa. Las miradas, los pequeños gestos que sirven para acoplarse en el organismo que canta, son claros, transparentes, muchas veces van acompañados de sonrisa. Un canon turna los papeles de los cantantes y los caracteres de las frases, los mezcla, juega con ellos hasta no saber quién es el primero y quien el último, quién la voz cantante y quién la acompañante, quién protagonista y quién coro, quién explora y quién reflexiona, quién pone corazón, quién cabeza y quién gracia.

Yo supe el canon del ratón, del botón y Pachín desde tan pronto que no puedo recordar quién ni cómo ni dónde me lo enseñó. Bastante después aprendí *Derbajen*, un precioso canon en el que, decía mi padre ironizando sobre lo más sagrado para mi madre, "el lenguaje alemán para niños y mascotas alcanza su expresión más sublime". Me lo enseñaron ellos y lo cantamos muchas veces. Repasábamos la letra sin música antes de empezar, rito que mi padre aprovechó alguna vez para decir "apunta Amparo que así nos ahorramos una entrevista clínica":

Derbajen veresiín andeskuskaskaskenkin (bis)
Derbaajen, derbaajen, deskuskuskaskeskin (bis)
Kuskús, kuskús, derbaaaajen (bis)

Empezaba mi padre diciendo la primera frase y el bis. Mi madre entraba cuando él iniciaba la segunda y yo cuando él iniciaba la tercera. Nunca se discutió el orden de edades al repetir un canon, al fin y al cabo los jóvenes repiten lo de los mayores con desfase de una generación. También tiene sentido que padre y madre pusieran las bases y que cuando entraba el hijo se cerrara la trinidad. En *Derbajen* hay que poner determinación alemana en el arranque, dulzura y modulación en la segunda frase, mucho más femenina que la primera, y picardía en la golosina, en el juego del escondite de la tercera.

- Las palabras son lo menos importante de un canon. Lo importante es su estructura, a la que puedes acomodar frases insospechadas. Su métrica las encaja de una manera mágica. Le voy a contar una historia que se me viene ahora a la cabeza y que no le había contado nunca antes.

Con la perspectiva de mi edad he comprendido que mi padre siempre necesitó olvidar que mi madre fue su alumna, alejar vivencias que los separaran por su diferencia de edad. Pocas veces contaron cosas de cuando se conocieron en la universidad, es como si siempre hubieran necesitado escapar de toda sombra de relación profesor alumna.

-Entonces todavía se podía fumar en los departamentos universitarios, que no se usaban sólo para trabajar. Eran lugar de reunión, de debate, de conspiración. Entonces éramos mucho más jóvenes. No. Entonces éramos jóvenes. Todo el mundo era joven. Ahora, sólo los jóvenes son jóvenes, el mundo ha cambiado mucho.

Aquel día estábamos reunidos ocho o diez profesores en el Departamento de Literatura Contemporánea, escupiendo ocurrencias para la letra y la música de la chirigota con la que participaríamos en el concurso de carnaval de la Facultad.

Nacida del humo la idea de cantar un canon, se aprobó por aclamación. "Pues para un canon se necesita una cantinela", dijo uno. "Una cantinela de la gramática", dijo otra. "Las preposiciones", dijo otra. *De bajounbo tontontón* lo conocíamos todos. Y con esa melodía empezamos a cantar:

*Aan tebajo cabecon
con tradé desdenentré
ha ciapara por según
sin sosobre trastrastrás.*

Presentimos que iba a encajar antes de llegar a la mitad. Emoción general, carcajadas, retorcimientos sobre la mesa y sobre los respaldos de las sillas al decir el *trastrastrás* que se apareció haciéndonos fiestas al acabar. "Que potra", dije yo. Y añadí, en son de desafío, "a ver si sois capaces de encajar el Principio de Arquímedes". Sorprendentemente, la letra de aquel enigma estaba grabada en todas nuestras cabezas y arrancamos a coro con la misma melodía:

*To docuerpo sumergí
doen unlíquido sufré
un empú jeigualalpé
so quedesa lojajá.*

Se nos llenó todo de la emoción de un hallazgo increíble. El último *lojajá* se reía con nosotros. Del no poderlo creer pasamos a la sospecha de que habíamos dado con un filón inagotable, que había un iceberg enorme flotando debajo de la punta que habíamos descubierto. Eufóricos, nos atrevimos con el Teorema de Pitágoras, empollones había que lo recordaron. Aquello, por su propio carácter matemático tenía que cuadrar. Y sin dudarlo empezamos a coro, a la vez:

*El cuadrado delahipó
te nusaes igualalá
su madelos cuadradós
de loscate tostostós.*

Al llegar al *tostostós* ganó el silencio, el asombro. Hubo manos en la cabeza, en la barbilla, en la nuca, bocas abiertas, miradas cruzadas. Hubo encantados por la magia y hubo asustados por el misterio. Se encendieron algunos cigarros nerviosos y aparecieron papeles y bolígrafos para escribir las letras, como si fuera posible olvidarlas.

“¿Y los de Historia? ¿No tendrán retahílas?”, se preguntó el de al lado. “Alguna frase lapidaria podría ser”, dijo alguien. Y como si ese fuese el pie para el solista, el conjuro para la inspiración, arrancó un compañero, iluminado, imparable, y le seguimos a ciegas, convencidos de que llegaríamos al final con la métrica, la rima y el acento justos para un aterrizaje perfecto:

*En Egipto dijo Na
po león desdeestaspí
rámides cuarentasí
glos noscontem planplanplán.*

Alcanzó solemne el *planplanplán*, en un *rittardando* majestuoso, gesticulando con las manos como si pidiera un *tutti* energético final a la orquesta y coro que veía allí mismo, delante de él, y acabó despeinado, con los brazos en alto y la cara abajo. Tardó en levantarla cuando se hizo el silencio, alargó el momento y consiguió que no aplaudiéramos hasta que nos miró, a los ojos, a todos a la vez.

Volvimos al principio, a explorar el efecto de cantar las cuatro coplas en canon. Sabor inigualable, aromas

distintos, mucho mejor que en coro de una voz. Revuelto de preposiciones en la primera, el enigma de Arquímedes disuelto en un caldo brebaje al cantar la segunda, todos los cuadrados aristas y picos de Pitágoras triturados a golpes en el plato fuerte de la tercera, y de postre, en la cuarta, solemnidad de Napoleón libre de palabrería.

Nos convocamos para ensayos con ganas de disfrutar más veces y decidimos vestirnos con túnicas blancas, máscaras de teatro clásico y los zuecos que estaban de moda como coturnos, y un bastón alto, de peregrino, en la mano derecha, con el que golpearíamos la tarima del escenario en las sílabas 1 y 5 de cada verso.

No ganamos ningún premio. No el de la mejor o más divertida o más atrevida de las letras porque nadie entendió nada de lo que dijimos. Tampoco hubo opción a los de vestuario o puesta en escena, todo era demasiado sobrio. Pero el conjunto debió ser impactante porque el público, tocada alguna tecla de emociones ancestrales, en trance nacido del canturreo de preposiciones, arquímedes, pitágoras y napoleones, sin dejar de aplaudir, nos hizo repetir la actuación.

- ¿Cuánto de esta historia se ha inventado usted?

- El final. No tuvimos que repetir la actuación.

- ¿Quiere añadir algo más? ¿Algo más en serio?

- Me alegro que me haga esa pregunta. Voy a añadir una última confidencia. Cuando acababa un canon, cualquier canon, volvía al principio, esperando que los que cantaban conmigo, los que me seguían con retraso de un verso, canturrearan otra ronda y no me abandonasen, no me dejaran cantar solo. Si era el primero que notaba la conveniencia de acabar, les esperaba repitiendo la última frase, la frase a la que todos llegan. Quiero ahora decirle que ya me voy sintiendo cansado de cantar. Voy a empezar la última frase y voy a esperar allí. Mientras espere, me sostendré pensando que cuando acaben todos, tras el silencio, alguno habrá que empiece un canon nuevo.

• • •

Nacimos mi padre, mi madre y yo con un desfase de veinticuatro años. Nacieron *"Lepetí garsonde Toleé doson trecontán de buconé"*, *"teseternamente mojado"* y *"gritabanlósme"* con el mismo desfase. Tardamos en perder la inocencia lo que tardaron en perderla esas frases sin sentido, lo que tardaron en partirse en palabras bien establecidas. Cada uno ayudó al siguiente a alcanzar la razón y a usarla para intentar entender lo que pasaba por nuestras cabezas. Cada uno ayudó al que le precedía a recuperar la inocencia algún momento. Nuestras vidas estuvieron desfasadas veinticuatro años. En los mejores tiempos, cuando los tres cantábamos pasajes distintos a la vez, fueron un espléndido galimatías. Así se solapan las vidas de Sapiens para sostenerse unas a otras hasta que la ruleta evolutiva invente algo que las arrincone.

Mi padre empezó un canon cantando solo. Mi madre, cuando convino, hizo la segunda voz. Yo, a mi tiempo, le pongo la guinda. Tengo 55 años y me esperan en la última frase. Publico esto para que nuestro canon se oiga a tres voces, como debe ser. Entre los tres hemos cantado durante más de cien años de historia humana. Hemos puesto nuestro granito de arena en el montón. No sé para qué el montón, pero sí sé para qué el granito.

Blas Gilarte Vallinoto

Centro de Desarrollo de Lenguajes para la Inteligencia Artificial
(Cedelepaina)

Caracas, 23 de Agosto de 2049